

MIS DEBERES

con la

FRANCIA Y LOS BORBONES.

Por Mr. Chateaubriand.

PUBLÍCALO

D. R. L. S.



VALENCIA:

Imprenta de D. Benito Monfort,

NOVIEMBRE DE 1831.

Why 850164

Es propiedad de la casa de Monfort.

Prólogo.

Mientras que en el continente europeo se oyen gemir las prensas para multiplicar ciertos libros, que al paso que corrompen la moral, siembran entre los hombres la desconfianza y la discordia, es justo oponer á este torrente las obras de aquellos varones conocidos por su sabiduría, recomendables por su piedad, dulcemente persuasivos por su fluido y vigoroso estilo. La abundancia de las imágenes, los giros de una dición selecta, la rotundidad de los períodos, los atavíos en fin de culta y armoniosa pompa no bastan en manera algu-

na para recomendar una obra como no se trasluzca al través de sus líneas el deseo de instruir y la defensa de la verdad. Semejantes por esto muchas producciones modernas á los fugaces metéoros, que brillan un momento en las ardientes noches del estío para dejarnos en mas lóbrega oscuridad, solo se proponen halagar la fantasía y atraernos hácia perniciosos sofismas ó para que respetemos el ídolo de una ciencia faláz, ó para que percibamos el seductor prestigio de despreciables pasiones. He aquí como se reproduce todos los dias entre nosotros la peregrina fábula de las tres diosas seduciendo el juicio de un inocente zagal, ó el voluptuoso cuadro de aquellas ligeras danzas, que formaban jóvenes disolutas para fascinar á los extranjeros en las

selvas aromáticas de Páfos y en los sonoros pórticos de Corinto.

Cuántos acriminaron al vizconde de Chateaubriand por haberse voluntariamente desterrado de su patria, examinaron muy poco su situación y no se detuvieron en profundizar los deberes que le unian á la Francia desde que su gobierno tomaba diferente forma. No hay duda que es cosa harto comun en la desgraciada época en que vivimos el ver como se acomodan las gentes á los cambios políticos de las naciones; pero esto no quita que las haya de mas delicado temple, y hasta en algun modo pertinaces en llevar por el cabo el espíritu escrupuloso y timorato de su conciencia política. Su egemplo ofrece un curioso rasgo para las páginas de la historia y nos da már-

gen á reflexiones nuevas y á inesperadas consecuencias. Pocos personajes presentan tanto interés por sus talentos y opiniones como el autor de esta enérgica defensa, y si bien una crítica grave y mesurada hallaría aun algo que censurar en sus ideas políticas y en sus producciones literarias, (*) no por es-

(*) Muchos se figurarán que es una ligereza el hallar lunares en el estilo de Chateaubriand; pero, aunque nadie respeta como nosotros las singulares bellezas que lo ennoblecen, no llega nuestro entusiasmo hasta el extremo de hacernos canonizar sus leves desciertos. Cuando dice, por ejemplo, que el cristianismo, lanzando á los sátiros de las grutas y á las ninfas de los arroyos, restituyó á *las selvas la melancolía de su silencio y las ilusiones de su recogimiento*, se deja llevar del odio infundado que constantemente manifiesta contra la mitología. Un hombre de tan lozana imaginacion como Mr. Chateaubriand hallara sin duda nuevas y peregrinas inspiraciones en aquellos bosques aromáticos de Del-

to podrá negársele el prestigio de un ingenio privilegiado, y el hábil manejo de un diplomático profundo.

En su modo de sincerarse hay novedad y nervio, no hace directamente su apología, sino que la comprende en la de los monarcas á quienes tanto debe la Francia:

fos donde las musas pronunciaban oráculos, donde comunicaban las trípodes un espíritu profético. ¿Puede haber imagen mas hermosa que aquella con que nos pintaban los sacerdotes de Apolo á dos águilas, enviadas por Júpiter, partiendo con igual ímpetu de las opuestas estremidades del mundo, y chocando con no vista furia en el punto céntrico del universo, para indicar á los hombres el sitio donde debian levantar el templo del Dios de la poesía y de las artes? ¿Y habrá alegoría mas ingeniosa para enseñarnos que el Sol, esa antorcha inmortal que todo lo anima y vivifica, debe ocupar el centro del orbe segun el sublime destino que tiene en la admirable obra de la creacion?

describe por consiguiente sus cualidades y sistemas, y nos deja percibir en la brillantéz de sus rápidas pinceladas el carácter de las diferentes épocas que se han sucedido en aquel reino desde que se trastornaron los primitivos elementos de su cultura y esplendor. Tal es la marcha que sigue en este opúsculo, tales los pensamientos que lo embellecen y los motivos tambien que nos lo hacen considerar digno de publicacion, en cotejo sobre todo de aquellas producciones que alucinan y no instruyen, que nos arrastran suavemente á perjudiciales doctrinas sin que percibamos su influencia, ni veamos mas que las flores diestramente esparcidas sobre el hondo precipicio.

ARTÍCULO PRIMERO.



Desde que anuncié en la tribuna de las cámaras que solo veía un sepulcro en el trono de donde habia bajado Carlos X, quise retirarme de un mundo que no ofrecia á mi espíritu sino el cuadro poco lisongero de las turbulencias de mi patria. Despues de haber sido víctima de los rigores de la revolucion, de haber echado la primera piedra al grandioso edificio de la legitimidad (1) en los brillantes dias del imperio, de presenciar en fin las apacibles auroras de la restauracion y en ellas el mas hermoso período de nuestra historia ¿debia contemplar con faz serena el término de tantas dichas y el desvanecimiento de tan halagüeñas esperanzas?

Muchos no obstante, sin hacer mérito de semejantes preliminares, preguntanme por qué rehusó servir al gobierno actual, y por qué salto del bajel cuando le anuncian súbitas tormentas nuevos peligros tal vez y nuevos derechos á la admiracion de las naciones. No se hacen cargo de que he hablado de la monarquía electiva, antes que se formase, á los beneméritos pares de la Francia, ni atienden á que si me retiro del estadio político y rompo por último el silencio, obliganme á entrambas cosas el repentino destronamiento y la proscripcion de tres soberanos. Con todo tengo la ventaja de que no perteneciendo á partido alguno puedo hablar sin halagarles ni inquietarme mucho de la impresion que les causen mis verdades. Despojado de lo presente, incierto en orden á mi suerte futura, no rindo parias á otro ídolo que á la limpieza de mi reputacion, ni reconozco

otro deber que el de procurar que un silencio culpable y vergonzoso no empañe cuando ya no exista el lustre de mi memoria.

Motivos peculiares á mí mismo, además de los que son comunes á todos, me impusieron la ley de no rendir homenaje al gobierno de Luis Felipe. Nadie ignora que la legitimidad era el medio mas eficaz de restablecer los buenos principios, de cimentar sobre bases sólidas una educacion sana y hacer de la generacion venidera un pueblo capaz de rivalizar con el que engrandeció los reinados de Enrique IV y de Luis XIV. En vista del próspero arranque que habian tomado los negocios solo hubiera exigido de nosotros un término de veinte años para obrar tan sabias maravillas y hacer sobre todo que ninguna revolucion pudiese ya ser peligrosa. Los franceses han querido derribarla cuando los pendones de la Grecia, las

terres de Argél y los fuegos de Navarino daban un brillo singular á su diadema, y han preferido los vaivenes de las conmociones populares al blando sosiego de una paz sólida y profunda. Dificilmente se hallaria en la historia algun rasgo popular semejante á este: nacen las revueltas intestinas del desórden en la administracion y de las calamidades públicas, pero nunca del seno mismo de la prosperidad, nunca engalanadas con las victorias que la dinastía proscrita acaba de conseguir. Muy al contrario obsérvase en el áspero rostro del genio inmundo de la guerra civil la cólera que le inspiraron las aciagas providencias de un gobierno indiscreto; y el venenoso placer de echar en cara á sus principales ministros no los triunfos, no los progresos, no la bonanza, sino las humillaciones, el atraso, la mala direccion. ¿Qué habrán dicho los hombres íntegros é impar-

ciales del empeño manifestado por los franceses en la revolucion de Julio? ¿Con qué interés no se habrán preguntado cual era el objeto de aquel súbito y prodigioso movimiento? Para desterrar á un rey , para proscribir á toda una dinastía , ¿son suficientes títulos los que alegaban en cotejo de los que podia presentarles Carlos X? ¿Nada valen en la esfera de los monarcas la ascendencia mas prolongada é ilustre y el haber dado á sus pueblos un prestigio militar, un crédito mercantíl, una preponderancia política?....

He aquí las consideraciones que de repente se ofrecian al juicio de cualquiera varon observador é imparcial, sinceramente adicto á las bases en que apoyarse debe el grandioso monumento de las instituciones sociales. Añádase á ellas la amargura de ver otra vez flotando y sin direccion conocida el bajel desgraciado de la patria , y

el justo recelo de cual será su suerte al contemplarlo nuevamente lanzado en el inmenso mar de las turbulencias políticas, y se tendrá una idea algo aproximada del género de impresión que debieron causar en el pecho de todo hombre sensible aquellos desaforados gritos que hacían descender rápidamente por las gradas del trono al descendiente de Carlo-magno y al nieto de San Luis.

Confieso que obraron en mi pecho igual efecto, confieso que mas bien me arrancaron lágrimas que deslumbraron con engañosas teorías, y que desde aquel instante aciago no divisó una senda trillada y segura para la patria y mucho menos aquel breve atajo por donde echaba á fin de llegar mas presto al colmo de la felicidad y de la gloria. ¡ Ah! Bonaparte enfrenando, venciendo la revolución, sepultando bajo cien estadios los restos de la antigua monarquía

destruyó la libertad presente con la perspectiva de una independencia futura; labró este vastísimo campo de ruinas y de muerte diciendo á lo menos que sembraba en los mismos surcos que abría la dominación universal y el eterno prestigio de la victoria; pero los que marchan al frente de las innovaciones actuales carecen quizás hasta de aquella especie de aureola militar que deslumbraba á los pueblos, y solo dan impulso á la revolución á fuerza de manifestarse amalgamados con la revolución misma. Teman ay! que el voraz remolino los envuelva, y que, semejante al viento que trastorna y cambia los montes areniscos de la Libia, empiece por desorientarlos y acabe por confundirlos.

Echando una ojeada sobre cuantos han figurado en las turbulencias públicas de la Francia habremos de sentar el principio de que hay hombres que desean la revolución con la

libertad, y otros en mucho mayor número que quieren la revolucion con el poder. Al convencernos de que los primeros no forman voto en atencion á su escaséz es necesario busquemos el principal estímulo que con ímpetu tan inquieto hace obrar á los segundos. Unos creerán encontrarlo en la ambicion, otros en la rabia de figurar, casi todos en el afan de pasar la vida nadando en magnificencia y deleites. Sin embargo aunque estos vicios son comunes á varias personas, haríamos mal en mirarlos como los universales resortes que prestan movimiento á los franceses. Menos fundado fuera atribuir á la libertad esta idolatría que poderosamente impele á una nacion de treinta millones de habitantes. Tal vez lo creemos de buena fe, pero nos equivocamos groseramente. Desengañémonos: no es la ambicion, no el furor de la independenciam el agente que lo causa sino la gloria....

aquel frenético entusiasmo , aquella pasión vital que hizo arrostrar á los franceses los fuegos del Egipto y las nieves de San Bernardo : nuestro destino es el de las batallas , nuestro genio el genio militar , la Francia en una palabra es un soldado.

Inútil me parece detenerme en las causas que apresuraron los acontecimientos de Julio. Consúltense las páginas del ministerio de Canning , los ecos del infundado descontento que hicieron resonar en varios puntos de la gran nación los que se empeñaron en contemplar el ataque de Argél como un recurso ministerial : adviértase sobre todo la especie de desapego con que miraban algunos al hermano del rey mártir , y fácilmente se pillará el hilo que nos traiga al imprevisto destronamiento de un soberano amable , ilustrado y clemente. Pero el propio volcan que trastornó el solio de los Borbones alimenta entre sus enemi-

gos el gérmen de una discordia desastrosa á la vez para su triunfo y para el destino de la patria. En el mismo altar donde humean unos aromáticos inciensos á la república, adoran otros el busto de Bonaparte, y bajo el purpúreo dosél en que colocan estos á Felipe de Orleans, quisieran acatar aquellos á príncipes menos enlazados con la augusta rama que lo ensalzó por tantos siglos. Por otra parte la incredulidad marcha á la par de la religion: hay gentes que viven para el mundo presente, y las hay que solo suspiran por el venidero: gentes que niegan al hombre el rayo de divina inspiracion que lo ilumina, y gentes que le dan una virtud tan estensa que ya peca en peligrosa idolatría: muévense en tanto confundidos y amalgamados estos numerosos elementos de divergencias políticas y religiosas; trastornan el edificio social, agitan á la inmensa muchedumbre y

hacen reparar por donde quiera que falta del suelo clásico de las artes el augusto vínculo de la *legitimidad*, único freno que pudiera contenerlos, darles una direccion feliz y acaso establecer entre ellos mismos las leyes de una saludable armonía.

Por lo que toca á la monarquía de veinte y nueve de Julio, nótese que la prensa la sostiene y que la ataca al mismo tiempo sin consideracion. Esta especie de árbol de la vida, cuyo fruto encierra el peligroso conocimiento del bien y del mal, no se cansa de silbarla y aplaudirla, de tratarla con sobrado respeto ó de humillar su decoro con audacia criminal. Es muy temible además que ese mismo afan de indeterminada independencia la devore, y no lo es menos que sea víctima de él como trate de hacer rostro á su arrogancia. Con *barricadas* acaban los franceses de destronar á tres reyes para sostener la

libertad de la prensa, y acaso no está lejos el día en que vuelvan á levantarlas para atajar el descomunal torrente de sus ultrages. Un gobierno reciente es un infante en mantillas, un niño vacilante y débil que no puede dar un paso sin andadores. Cuando las monarquías se elevan deben apoyarse no en un movimiento parcial y caprichoso, sino en la voluntad de los pueblos, en la espada de los héroes. ¿Dónde están para la nueva dinastía los que enarbolaron la oriflama de Felipe augusto en Palestina, los que llevaban el renombre de *sin miedo y sin tacha*, los Dunois legitimados por la victoria, los Turenas y cuantos hicieron célebre el reinado de Luis XIV? Solo este recurso pudo elevar á Napoleon desde la oscuridad al imperio y sostenerlo en él por espacio de nueve años. Los mismos franceses se avergonzárán de obedecerle si á la sombra de sus triunfantes águilas

no se hubiese presentado como un semi-dios ó un omnipotente guerrero. Tambien entonces la nacion estuvo en mantillas, pero era una criatura terrible engendrada en el campo de la victoria, robustecida con las fatigas militares, insensible al estrépito del cañon, adornada en fin con los despojos de cien naciones. Ahora empero repentinamente nacida entre las conmociones populares no tiene mas energía que la de los partidos, y es muy probable que al menor vaiven rompa y haga pedazos su propia envoltura.

Atendiendo á este origen precario de la monarquía actual no debe ya causarnos admiracion alguna al verla tropezando á cada paso con embrazos de perversa índole. Ignorando hasta qué punto puede contar consigo misma, desconociendo sus propias fuerzas por la razon que penetra la audacia de sus enemigos, iema y se

agita para guardar á lo menos un aire de consistencia, y no remover las deleznablez arenas que forman la base de tan inmenzo edificio. Elevóse por medio de las pasiones humanas y estas mismas pasiones le hacen la guerra: sostiéndose por el deseo que anima á cada partido de medrar y engrandecerse, y está convencida de que es imposible satisfacer las desmesuradas pretensiones con que se alzan: marcha por último oponiendo ingeniosísimos recursos al ímpetu de los huracanes, pero desaliéntase con no ver un término al peligro, ni un remoto rayo de esperanza brillando al extremo de esta tumultuosa arena.

Si de sus relaciones interiores pasamos al aspecto que ofrece en la parte diplomática vémosla en oposicion con las monarquías continentales que la cercan, acusada aunque sin fundamento por ellas de enemiga del órden y de la estabilidad. Es cierto que

el eco de su levantamiento ha causado trastornos en la Holanda y una guerra pertináz en las orillas del Vístula; pero ¿hay algun género de ventaja en que aboguen por un nuevo estado la insurreccion y la discordia civil? ¿Y no es egemplo de tristísimo augurio el que hayamos de apoyar en otros paises las mismas calamidades que hemos de evitar en el nuestro? He aquí como la monarquía de Julio por mas que se empeñe en guardar un continente regio, magestuoso y severo, no puede desaprobare los movimientos populares que semejantes á una desastrosa plaga siembran la devastacion y la amargura en los campos de la Bélgica y en los términos de la antigua Polonia. En ellos mira la reproduccion de sí misma, en ellos una repeticion del clamor que la instituyó en París, en ellos los peligrosos aliados á que desgraciadamente la condena el carácter de su esta-

blecimiento. En vano para darse el aire que le conviene como á monarquía reconocida mostrará apartar los ojos de tan sangrientas escenas, pues que ellas traen á la memoria de los hombres las que precedieron á su propia fundacion vaticinando de repente la desgracia de Carlos X. De esta manera luchando consigo misma y con la opinion que de ella formar puedan los demás pueblos de Europa, camina entre tres amenazas como extraviado bagél por incógnitas riberas: un espectro revolucionario, un niño que juega al extremo de una prolongada hilera de tumbas, y un jóven á quien dió su madre lo pasado y su padre el porvenir.

Y despues de lo que llevamos dicho ¿habrá aun quien se atreva á comparar la época de la restauracion con ninguna de las que brillan en la historia moderna de la Francia? Los que sostienen que las ventajas de aquel

célebre período fueron debidas á las luces de la república y del imperio, tómense el trabajo de calcular no tanto la brillantéz aparente como las verdaderas calamidades de estos gobiernos , y consideren luego si es asunto de poca destreza y de poco talento el cicatrizar las llagas con que desgarraron el seno de la patria. No cabe duda que el carácter de los franceses es el mas ayudado y á propósito para olvidar el peligro despues de haber sabido arrostrarlo, pero no siempre están dispuestos á sacar placentero partido de sus amargas consecuencias , ni se ve muy á menudo que espresen su dolor alegremente danzando sobre las tumbas de sus padres (2). Tras largos años de agitaciones y desgracias llega por último á agotarse el humor mas festivo, espiritual y bullicioso, por manera que insensibles los hombres al estímulo de la gloria, cansados de pertenecer á un

pais tan ingrato á su marcialidad como á su sangre, desprecian cuanto los exaltaba en otro tiempo y reclinan desesperados la frente indómita sobre el polvo de las ruinas. Para entonces se necesitan los monarcas bondadosos y filósofos como Luis XVIII, aquellos monarcas que saben amansar primero las iras del temporal reconciliando á los pueblos con la gloria de sus padres, y encaminarlos despues por el sendero único que puede hacerlos igualmente famosos, prepotentes y felices. Para entonces descienden del mismo cielo aquellos reyes que saben sacar partido del genio bienhechor de las artes al efecto de acallar resentimientos, de dulcificar el espíritu estremado de los bandos é ir preparando para la patria bajo auspicios mas blandos y lisongeros la generacion que no ha presenciado por fortuna el sangriento choque de las últimas contiendas.

Tal ha sido en nuestros dias el carácter de la restauracion: si encontró á la Francia ensangrentada con los decretos de Robespierre y casi desierta con las conscripciones de Bonaparte, si tremolaban vergonzosamente en su recinto las banderas de aquellos pueblos cuya espalda vió tantas veces en los combates, si humeaban en ella los gérmenes de la sospecha y la discordia, supo conjurar todas estas plagas, restituir á la patria su antiguo vigor, colocarla en el rango que la corresponde, arrojar á las legiones aliadas á la otra parte de sus fronteras y abrir el augusto santuario de las ciencias, de la educacion y de las artes. ¿Y cómo fue, preguntarán nuestros nietos, que en tan breves dias obrase Luis XVIII estas portentosas maravillas?... cómo?... alimentando en su corazon un amor paternal hácia su pueblo y aprovechándose en su beneficio del predominio que le daba el

sello de la legitimidad que resplandecía en su frente. Ah! si en los tres primeros años de la revolucion existió una sombra de independendia fue debido al simulacro de la legitimidad: ¿qué se hizo empero esta misma independendia desde la muerte de Luis XVI hasta las pacíficas auroras de la restauracion? Desencadenada y sin término todo lo devoró durante la república para ser devorada á su turno por el consulado y el imperio.

En valde se han empeñado algunos en destruir el prestigio de estas verdades anunciando que la restauracion era una época de tiranía y el imperio un período de independendia: en valde nos presentan al liberal de la conscripcion sentado sobre sus águilas con su corona cívica y sus laureles, pues sin hacer ofensa á lo admirable de sus talentos siempre contemplaremos en él al que metrallaba á los franceses en las gradas de San

Roque é impelía por las ventanas de Saint-Cloud á la representacion nacional. ¿Qué suerte hubiera sido la de Bonaparte si hubiese levantado la cabeza cuando la voz robusta de Danton retumbaba bajo las bóvedas de la convencion, y los decretos de Robespierre eran la única ley del tribunal de salud pública? El primero que entonces le llamase César hubiera atraído sobre su cabeza las injurias de Catón y hecho brillar en su pecho los puñales de Trasíbulo y de Bruto. Su osadía, sus talentos militares, su carácter misterioso y meditabundo no le salváran del desprecio y de la muerte; y él, que sin duda tenia un presentimiento de que las circunstancias habian de favorecerlo mas aun que los recursos de su ingenio, no titubeó en hacerse jacobino, en tiempos que los que llevaban este dictado hacian gemir á la Francia bajo un yugo de hierro. La magia de sus victorias,

el odio á las revueltas, el instante propicio de suspirar los franceses por un gobierno algo razonable y seguro..... todo favoreció los planes de este gran caudillo lanzado por el mismo cielo entre las mas negras turbulencias de la Francia para cubrir sus vergonzosas faltas con el esplendor de la púrpura imperial. No obstante las campañas mas gloriosas y toda suerte de grandezas no pudieron sostenerle en el solio. Y no fueron sus principales enemigos los mares en el mediodia y las nieves en el norte, sino un anciano casi desconocido, que vivia en pueblo humilde y solitario, porque llevaba escrita en el rostro la mas ilustre ascendencia que haya brillado jamás bajo el dosél de los monarcas. Napoleon afectaba desestimarle, y fue sin embargo la despreciada piedra del torrente que derribó la soberbia del gigante Filisteo.

Cuando el atleta se vió tendido

en la arena, súbito rayo de luz hirió su mente conociendo que lo agovian y que se agitaba en valde bajo las sombras de treinta reyes. Esforzóse, sudó, hizo cuanto pudo para recuperar lo perdido, pero ya no era el mismo que antes: la verdad había penetrado en su pecho, sabía por ella que el príncipe *legítimo* acusaba al usurpador, y cual si esta idea ofuscase su razón ó debilitase su energía, ni tuvo tanta confianza en el campo de batalla, ni desplegó en el gabinete aquella actividad penetrante y sutil con que desbarataba los planes de sus contrarios. Confinado muy pronto en los ámbitos de una isla desierta llevó á este áspero destierro los suspiros de los que le habían admirado y la compasión de los que le habían aborrecido. La Francia lamentaba en su pérdida la de un héroe, pero no la de un monarca. El mundo entero lo hubiera visto con placer mandan-

do de nuevo los mas brillantes egércitos de Europa ; pero no figurando en el solio de Luis XIV. ¿Y por qué esta diferencia entre el gran capitán y el soberano?... porque para lo primero basta la nobleza del valor y del talento, al paso que se requiere para lo segundo el prestigio de la historia y el lustre de la legitimidad y de la gerarquía.

He aquí uno de los principales rasgos que ennoblecen la época de la restauracion: los sucesos volvieron á su marcha acostumbrada, el carro político rodó nuevamente por el antiguo carril, y las ciudades y los reinos no se pasaron ya de una mano en otra con tanta facilidad como una letra de cambio. Ah! convengamos en que la verdadera autoridad es un árbol que crece con muchísima lentitud: necesita para obtener el respeto que debe hacerle eficaz ir tomando raíces en el mismo sitio que protege con su

sombra, y se presenta como del todo imposible que lo consiga de los hombres sin el progreso seguro aunque tardío del imperio de la costumbre.

Por lo demás eternos monumentos, bellos edificios, estatuas, canales, muelles, acueductos, nueva marina militar, la libertad de la Grecia, la destruccion de Argél y una industria floreciente hablarán á nuestros nietos á favor de la restauracion y despertarán en ellos el mas vivo agradecimiento. Hay épocas que deben juzgarse por sus efectos, no por su duracion, y es harto comun en la historia moderna que las consecuencias políticas de ciertos reinados, por muy breves que hayan sido, causan huellas mas profundas que los largos años de aquellos que figuran en sus páginas sin que nunca los turbasen las disensiones civiles. Tal es la razon porque el período encerrado en-

tre los años de 1793 y 1814 nunca dejará de compararse al que se contiene desde esta fecha hasta el año 30, para que aprendamos en los resultados de entrambos cual se debe admirar y preferir.

He oido hablar de tal suerte de Napoleon á los que se llamaban sus partidarios sin dejar de aprovecharse de la liberalidad de los Borbones, que no pocas veces creí que hubiese hundido en el mar la isla que le servia de tumba y aparecido en la cumbre de las pirámides ó en los campos de Austerlitz rodeado de su famosa guardia y coronado con los rayos de la victoria. Con todo muy pronto se desvanecia esta ilusion, quedándome solo de ella el desprecio que me inspiraban unas alabanzas tan opuestas á la conducta de los que las proferian. ¿Fueron estos por dicha los que llevaron la legitimidad desde el Bidasoa á Cádiz, los que humillaron á Cons-

tantinopla en la Grecia y á Marruecos en Argél? Lo ignoro: me consta no obstante que se manifestaron contra la guardia real en los tres famosos dias y derribaron el solio de Carlos X sin reparar siquiera en la inconsecuencia ó ingratitud que cometian. No dudo que sean ahora los primeros en declamar contra la restauracion, pero acuérdense de que para ser creidos necesitan restablecer el órden, afianzar el crédito y hacer en una palabra todo el bien que hemos debido á su influencia.

Lejos de suponer en los que dirigen la Francia una intencion poco generosa, me tomo la libertad de preguntarles con honradéz y franqueza si pueden comparar los bienes de la legitimidad con los que se prometen de los disturbios populares. Por lo que á mí toca veo en la primera un bien existente, una esperanza risueña, y en los segundos un mal po-

sitivo sin que lo dulcifique la perspectiva del bien. El monarca es el padre de su pueblo en la monarquía legítima, porque lo enlazan á él los vínculos de lo futuro, pero es fácil que se manifieste indiferente con sus vasallos aquel rey que debe la diadema á un movimiento interpretado por unos como un derecho y por otros como una insubordinacion. Venero el noble carácter de Luis Felipe y me permito estas observaciones como conducentes al análisis de la cuestion y no como pruebas de enemistad ó resentimiento. ¡Ojalá que el eco algo apagado de mi voz inspire á sus partidarios todo el respeto que se debe á su moderacion sin hacerlos desagradados á la augusta dinastía que acaba de reinar! Hago semejante voto con tanta mas sinceridad cuanto que enemigo de las turbulencias políticas, á pesar de que mecieron mi cuna é insultarán probablemente mi sepulcro,

no escribo para fomentarlas sino para que eviten mis semejantes aquel áspero sendero que tan fatal ha sido á nuestros padres.

ARTÍCULO SEGUNDO.



Habiendo bosquejado el cuadro político de la Francia desde la caída de Luis XVI hasta la elevación de Felipe de Orleans, solo me queda manifestar los motivos que haya particularmente tenido en desterrarme de mi patria. No se crea que salgo de ella para arrojarla maldiciones desde la cumbre de los Alpes ó los Pirineos; bien al contrario deseo su felicidad y llevo grabado en mi corazón el mas profundo agradecimiento hácia los hombres que la gobiernan. El gefe del estado merece mis respetos: sin hacer mal, sin derramar una gota de sangre ha conservado hasta ahora la

tranquilidad de la Europa , y no ha permitido que se desencadenen por ella los partidos que hierven en París. En los ministros reconozco cierta honradéz , bastantes luces y una intencion laudable: el empeño con que se han opuesto á una guerra universal cuya idea hace temblar es tan digno de admiracion y aprecio, como el ardid con que han conservado la preponderancia de la nacion en medio del ademán verdaderamente hostil que guardan con ella las demás potencias.

Á pesar de que apoyado en estas ventajas me hubiera sido fácil disculpar ante los hombres mi perjurio, he preferido el destierro á ponerme en contradicción conmigo mismo, y una perspectiva humilde al desacierto de armar mi larga vida pasada contra un brevísimo porvenir. Con mas satisfaccion se beben las aguas de un rio desconocido que dulcísimos néctares en la dorada copa del remor-

dimiento, y el hombre que mas vive ya por sus memorias que por sus placeres debe tener sumo cuidado en conservar la pureza y el consolador prestigio de aquellas.

Estudiando la conducta de algunos que debian estar en mis ideas he llegado á figurarme que la cuestion de la lealtad está sujeta mas que otra alguna al espíritu de una interpretacion caprichosa. He visto á muchos que han creido deber servir hoy á su patria porque se juzgan grandes y virtuosos, al paso que sostenian á Carlos X porque se preciaban de fieles é incorruptibles. Admiro la sutileza con que hallan siempre una razon para administrar empleos y recibir pensiones, y siento no tener un juicio tan agudo, una conciencia tan fácil de acallar, tanto apego á mis principios, y que no me haya quedado en el mundo sino una triste lógica que por desgracia dejó ya de ser de moda. Los

que detestan á los que mandan porque rabian por mandar, los que mas se ocupan en traslucir la deidad del año venidero que en defender la del presente, esos serán sin duda los espíritus fuertes que despues de haber prestado juramento á la república, al directorio, al consulado, al imperio, á Luis XVIII y á Carlos X les reste todavía algo que dar á Luis Felipe, y aun al gobierno que le sucediese como le persiguiera la desgracia. Ah! si Carlos volviese á ser por un momento el ídolo de las naciones se le veria rompiendo lanzas por la legitimidad, defendiendo en cerrado palenque la dinastía de Luis XIV, y lo que es mas incomprensible, el limpio lustre de su propio pundonor.

Estas mismas ideas que me hacen salir de mi patria me llevaron en otro tiempo á las enmarañadas selvas del nuevo mundo. En su misterioso seno recogí diversas veces mi espíritu, y

sentado en la ribera de los rios ó junto al crater de los volcanes quise descubrir en la armonía del orbe entero la que debe reinar en los varios elementos del cuerpo político. Cuando silbaban los vientos por aquellas inmensas soledades figurábame el tumulto de París, y percibir los clamores de las víctimas que arrastraban los jacobinos á la guillotina. Un movimiento de ternura hacíame vislumbrar entre ellas alguna persona querida, y tendiendo los brazos hácia los mares de Europa apenas podia articular una sola palabra mientras bañaba mi rostro el mas tristísimo llanto. ¡Con qué entusiásmo no me acordaba entonces de aquellos pacíficos reyes, que nos habian gobernado sin desórden y sin estrépito renovando los apacibles dias de Trajano y Marco-Aurelio!

Habiendo regresado á mi patria sorprendióme el aspecto de las gen-

tes que habitaban en ella. No sé qué advertía en sus semblantes de azoramiento y espantadizo, reliquias de la espada del terror con que las habían herido Robespierre y sus satélites. Donde quiera hallaba señales recientes de destrucción: cerrados los templos, abiertos y sin cadáveres los sepulcros, llenos de víctimas los cementerios, ningun vestigio de la verdadera religion, ningun resto de la cortesanía que brillaba en la antigua nobleza de la Francia.... y en medio de estos lúgubres objetos hombres de caras siniestras ó macilentas, que atravesaban en silencio cual si no existiera entre ellos el mas leve vínculo, ó se mirasen mútuamente como delatores y verdugos.

Este cuadro desapacible para cualquier europeo, horroroso para el que venia como yo de meditar tranquilamente bajo los susurrantes árboles del desierto, fortalecióme en las saluda-

bles máximas que ya me habia inspirado el instinto de la razon y valió á mi espíritu un siglo de experiencias y de estudios. Ibase elevando entonces el hombre mas portentoso que haya visto el mundo, hombres á quien parece que reservaba el destino la dominacion universal como no se hubiese precipitado en adquirirla. Á pesar del esplendor que lo rodeaba y de que en mis juveniles años era sumamente fácil que me llegase á deslumbrar, agradecíale en lo íntimo de mi pecho los esfuerzos con que restablecia el gobierno y el culto, pero detestaba el ambicioso afan que se echaba de ver en su carácter, y el rápido movimiento con que se encaminaba á la usurpacion. Por esto nunca confundí los talentos del general con la audacia del varon político; mi corazon era suyo en el campo de batalla y se le manifestaba rebelde en el alcázar de las Tullerías.

Pero así que brillaron los días de la restauracion me lancé el primero en la arena política y consagré mis débiles talentos á la patria. Con ella salí de la oscuridad y con ella vuelvo al retiro: ni yo sabia de qué frases usar, si le fuese infiel, al efecto de justificar mi conducta, ni el público me perdonára mi bárbara ingratitud. Semejante al perro del pobre que sigue hasta la sepultura el ataúd de su señor, voy tras del entierro de la vieja monarquía, y despues de hacerle los últimos honores me echaré tambien sobre su tumba.

No dudo que habrá muchos que oirán este homenaje de lealtad con el mayor despecho y como un ultrage á la monarquía actual; pero pueden consolarse con la esperanza de que no volverá á importunarles el eco de mi voz ya próxima á desaparecer del mundo político. Entiendan sin embargo que bosquejo estas líneas por

hallarnos desgraciadamente en un siglo en que la fidelidad necesita de esplicacion y la consecuencia de apología. Si nunca hubiese figurado en el círculo diplomático de la Francia, y harto feliz con mi inclinacion á la literatura y á las artes no saliera de mi humilde y delicioso retiro, no me veria precisado á defender ó justificar una conducta, que, segun mis débiles alcances, se justifica y se defiende por sí misma. Pero ¿estaba en mi mano desobedecer á las indicaciones de un gobierno paternal y negarme al poderoso deseo de alternar con los varones mas ilustres de mi patria?

El reinado de Luis XVIII fue notable por el tono de mansedumbre delicado cálculo y filosófica tolerancia que lo distinguian. En el de Carlos X ya se empezaban á notar la espléndida arrogancia y el dominio universal de la antigua monarquía. Olocado el primero entre la guerra y

la paz, la usurpacion y la legitimidad, los trastornos políticos y la marcha anterior de los negocios debia señalarse por un carácter magnánimo, propicio é indulgente. El segundo emperero, encontrando algo cicatrizadas las llagas de la república y del imperio, estaba en el deber de manifestar al mundo que el valor de los franceses campea debajo de la bandera blanca con mas lustre y entusiasmo que cuando se convirtieron en injustos conquistadores bajo los auspicios de la bandera tricolor. En lo íntimo de mi pecho veneraba las sabias providencias que ensalzaron uno y otro período, tan propias para la felicidad de los franceses, y quise merecer tambien su agradecimiento tomando parte en ellas en cuanto fuese permitido á mis escasas nociones y al fervor de mis anhelos. Tal ha sido la pureza de mi patriotismo y el feliz instinto que me impelia á estudiar los futuros

destinos de la Francia, y que al lamentar la suerte de Luis XVIII no solo vaticiné las glorias de Carlos X, sino tambien las desgracias que acaso le agoviarían en recompensa de su laudable intencion y sus continuos afanes.

He aquí, amado lector, el resumen de mi carrera política. Vuelvo al fin al encanto de aquellas distracciones, que nunca nos agravan ni alteran con la ingratitud que hallamos tan frecuentemente en los hombres. Entre tanto no dudo que los franceses se coronarán de nueva gloria en las batallas, pues que con tanta facilidad saben ceñirse los laureles bajo un gobierno legítimo como conducidos por la república ó el directorio. Cuando se trata de vencer, de conservar ante la Europa el lustre de su nombre, acallan sus resentimientos, ponen tregua á las venganzas, suspenden el furor de los partidos y solo se acuer-

dan de Enrique IV y de Luis XIV. La magia irresistible de estos nombres obra siempre en sus pechos con una especie de frenesí, pues por mas que quieran hacérselos olvidar es imposible que traigan á la memoria los hermosos dias de su patria sin asociar á ellos los nobles caudillos que los hicieron tan célebres. Á las órdenes de Dumouriez triunfaban al parecer en nombre de la república, á las de Bonaparte para ensalzar al directorio, á las de Ney para el esplendor del imperio; pero en realidad al efecto siempre de sostener la clara reputacion del nombre frances, aquella reputacion que heredaron en los tiempos modernos de los ínclitos monarcas que acabamos de nombrar.

Desengañémonos: los franceses serán siempre una sola familia cuyos esfuerzos se dirigen á un mismo blanco. Los hechos remotos de nuestra historia, aquellos hechos que para otras

naciones no son mas que objetos de curiosidad al jurisconsulto y al anticuario, nos interesan como recientes, y solo vemos en ellos los eslabones de la luminosa cadena que nos lleva á la inmortalidad. Así es que el pueblo de las antiguas Galias se levanta en medio de la Europa coronado con los laureles de sus padres, con los que él mismo adquiere y con los que se promete aun de su inestinguible valor.

Aconsejo á los ingenios que traten de escribir la historia de mi patria que desde la cruz del Gólgota traigan al pie del cadalso de Luis XVI las tres verdades que constituyen los elementos del órden social : la verdad religiosa, la filosófica y la política (3). Nunca pierdan de vista que la especie humana hace siempre progresos en la carrera de la civilizacion aun en aquellos instantes en que parece arrastrada de un movimiento retrógrado. Inclínase el hombre por su na-

turalaleza á una perfeccion indefinida, y por mas que se halle lejano de remontarse á la sublime altura de donde nos enseñan que ha descendido las primitivas y religiosas tradiciones de todos los pueblos, no cesa de encaramarse por la escarpada pendiente de este desconocido Sinaí, desde cuya cumbre podrá divisar algunos rayos de la aureola del Altísimo. Sobre sociedades que incesantemente mueren otras incesantemente viven; una generacion cae cuando la siguiente está ya en pie, y á medida que se rejuvenece el mundo van al parecer en aumento la audacia y el arranque del ingenio. He aquí en esta imágen atrevida aquel gigante de la escritura, que continuamente crece y que solo dejará de elevarse cuando su frente de bronce tropiece con las bóvedas del empíreo.

Las negociaciones y los combates parecieron cesar de comun acuerdo en el siglo pasado para dejar libre el

campo á las ideas. Sesenta años de un ocio vergonzoso procuraron al pensamiento un espacio competente para desenvolverse, elevarse é invadir todas las clases de la sociedad desde el magnate que habitaba en los alcázares hasta el pastor que poblaba las cabañas. Desconocida de esta suerte la fuerza de los antiguos hábitos y debilitada la saludable influencia de las costumbres, no pudieron ya ofrecer una resistencia muy tenáz á los sofismas de la filosofía ni á los deslumbrantes cálculos de la política. Deseando aplicar Luis XVI las teorías de los economistas y enciclopedistas, que hicieron famoso el reinado de su abuelo, restableció los parlamentos, moderó los pechos y cambió la suerte de los protestantes. El socorro prestado á la revolución de América, injusto si se atiende al derecho privativo de las monarquías, pero útil á la especie humana en general, acabó de

trastornar los espíritus de la Francia y de inclinarlos á muy arriesgadas aplicaciones. En medio de ellas el rey mártir dejó el mundo para recibir en el cielo el premio de la ingratitud con que lo trataron sus propios vasallos. Entre las fuentes bautismales , que regeneraron á Clovis, y el cadalso de Luis XVI debe colocarse pues el grande imperio cristiano de la Francia: la misma religion protege las dos estrechidades de esta gloriosa arena: *dócil Sicambro inclina la cerviz, adora lo que destruistes y quema lo que adorastes* dijo el sacerdote que administraba á Clovis el bautismo de las aguas: *hijo de San Luis sube á los cielos* exclamó el piadoso ministro que asistia á Luis XVI en el bautismo de la sangre.

Desapareció entonces el mundo antiguo. Á medida que las oleadas de la anarquía se iban retirando, levantóse Napoleon á la entrada de un mun-

do nuevo como aquellos gigantes dibujados por el pincél de la historia que se mostraban á los hombres despues de los estragos del diluvio. En su caída, en la coronacion de Luis XVIII, en la desgracia de Carlos X, y en el ensalzamiento de Luis Felipe ya se ven sucesos de otro temple participando hasta cierto punto de la época instable que les ha precedido. El sosiego de la sociedad, el órden de los tiempos y la sucesion perpétua de las dinastías fueron reemplazadas por una especie de inquietud y desasosiego, que, semejantes á las movedizas arenas de ciertos ríos, carecen de consistencia y no sufren que sobre ellos se levante un edificio muy duradero ó robusto. De nada sirven á este objeto la virtud, la magnanimidad y el valor: todo se trastorna, en breve círculo de años todo perece, y solo la vencedora cruz del cristianismo triunfará de tan rápidos vaivenes y per-

manecerá en pie en medio de tantas ruinas. Asomé la frente en el mundo político cuando creí que podía echarse un clavo á esta rueda, y vuelvo á esconderla desde que se desvanece mi esperanza.

Nada me resta que decir sino despedirme con la sencillez y buena fé de nuestros autores antiguos. Imitaré su ejemplo puesto que mis largas relaciones con el público parecen autorizarlo. Así que dirigiéndome á la nueva Francia, adios, amigo lector, te digo: sobrado sé que te restan largos años y las delicias de una existencia hermosa, al paso que solo me quedan horas desapacibles y estériles, recuerdos en lugar de esperanzas, y la soledad que ya reina en derredor de un aliento que se apaga. Sin embargo tú entras en el mundo con la llama fugáz y fosfórica de la ilusion, y yo salgo de él con la clara é inestinguible luz del desengaño.

Notas.



1.^a

El genio del cristianismo es la obra clásica que recordó á los franceses las ventajas de la legitimidad y las consoladoras dulzuras de la religion. Á ella se debe el primer movimiento de la Francia hácia el sagrado culto de sus padres y los primeros síntomas de fidelidad hácia sus antiguos monarcas. Napoleon la ha mirado en su destierro como una de las causas que , despertando la inclinacion hácia los pasados tiempos , le despojaron de su prestigio y mas contribuyeron á derribarle.

Cuando se considera que pocos años antes las cuestiones teológicas y las controversias sabias eran lo que mas escitaba la admiracion y el entusiasmo de los franceses , apenas se concibe la facilidad con que prescindieron de estas inclinaciones. Hubo en efecto un tiempo sumamente feliz y memorable para ellos , en que en medio de los pasatiempos de la ciudad y las intrigas de la corte tenian singular cabida estos objetos. La religion cristiana parecia , como es justo , el mas noble é importan-

te de todos , y el escaso número de los que se atrevían á atacarla no alcanzaba otra recompensa que la aversion y el menosprecio.

Las disputas suscitadas entre los mas sabios ministros de la Iglesia galicana llamaban la atencion de todo el reino impeliéndole á decidirse por alguno de los contrincantes. Véase en el palacio de la duquesa de Longueville á los profundos sabios de Puerto-Real meditando nuevos ataques contra los célebres jesuitas de Versalles , mientras los enérgicos discursos de Bossuet , opuestos á la blanda elocuencia de Fenelon , ofrecian con ellos un singular contraste de sublimidad y dulzura , de fortaleza y mansedumbre.

Y no solo en el seno de la Francia se manifestaban las gentes como poseídas de un fervor teológico , sino que igualmente brillaba en los demás pueblos de Europa. Leibnitz y Newton , dignos entrambos de disputarse la palma de los mas sutiles descubrimientos que honran la geometría moderna , hacian alarde de inscribir su ilustre nombre en la lista de los mas famosos defensores del cristianismo. Uno y otro , despejando las tinieblas de la cronología , confirmaban la que resplandece en los libros de Moisés. Si aparecia por ejemplo un libro tal como la *Historia de las va-*

riaciones toda la república cristiana se manifestaba conmovida : despedía Roma gritos de gozo y admiración , al mismo tiempo que en las riberas del Támesis y en los pantanosos valles de la Holanda se elevaban los injuriosos denuestos del calvinismo , agitándose en valde bajo los triunfantes rayos con que lo hería Bossuet.

Pero desde últimos del pasado siglo , endurecido el pecho de los franceses y cerrado á los afectos mas puros , miraban con indisculpable indiferencia la inmoralidad de los procónsules que les mandaban , y el innoble puñal con que los acometían. Paseábanse insultantes é irreflexivos sobre las ruinas del trono de Carlo-Magno , vergonzosamente desemejantes al famoso período en que bastaba para despertar su ternura el solo aspecto del desmoronado monasterio que ilustráran los talentos de Pascal. Publíquese entonces el genio del cristianismo , y cual si recuperasen su razón avergüénzanse de sí mismos y vuelven los ojos á los antiguos objetos de su adoración y cariño. No sé qué especie de atractivo se halla en las páginas de esta obra que hiere agradablemente el oído y el corazón , semejante á los suspiros de la lira de Orfeo cuando amansaban las iras de las deidades del

Tártaro. Con harto motivo, pues, debe mirarla su autor como una de las mas robustas piedras sobre que se levantó el grandioso edificio de la religion y de la legitimidad.

2.^a

Sabido es que cuando empezaron á calmarse los mas negros disturbios de la revolucion francesa se instituyeron unos bailes en París donde solo eran admitidas las personas que tenian que llorar a'gun pariente cercano entre las víctimas de la guillotina. El vestido tétrico que llevaban, y el cabello acomodado de suerte que recordase la sencillez ó el desaliño de los que condujeran al suplicio presentaban de un modo patético y evidente las tristísimas calamidades de la Francia. Puede muy bien decirse que, danzando melancólicamente aquellos jóvenes sobre los sepulcros de sus padres, se dejaban arrastrar de aquel amable genio de los tiempos antiguos, que dictaba juegos funerales para recordar á los hombres el fin desgraciado ó prematuro de los héroes.

3.^a

En tres clases deben dividirse los histo-

riadores de estos últimos tiempos. Amantes los primeros de la *primitiva escuela* no han querido separarse del carril trazado por los grandes maestros. Otros han inventado la *historia fatalista* por un efecto de las mismas turbulencias que presenciaron, y algunos finalmente la *descriptiva*, deseosos de presentar á su siglo el cuadro fiel de las costumbres de nuestros antepasados y el exacto dibujo de las altas cualidades que han ennoblecido á los grandes hombres con los defectos ó caprichos que los afeaban. Figura entre los de la antigua escuela una muger célebre que no ha tenido rival, tan digna de elogio por la elevacion de su talento como por la singular entereza de su espíritu. No parece sino que Mad. de Staël hubiese heredado de las montañas de su pais la inflexibilidad del carácter, la robustéz de los sentimientos y la vehemencia de los conceptos. En sus *consideraciones sobre la revolucion Francesa* se encuentran la profundidad de la filosofía, el fuego de la imaginacion y las flores de la oratoria. Tan pronto la vemos remontarse como el águila del desierto fulminando sus rayos contra los déspotas y los usurpadores, tan pronto abatir el vuelo para introducirse en los tumultos y penetrar hasta las mismas grutas

donde se fraguaban en el silencio de la noche las tramas y las conspiraciones. Si pinta á un personage se vale de estilo á la vez sencillo y magestuoso , si describe á un guerrero hace brillar en sus manos la palma de la victoria, y si nos traza al gefe audáz de las hordas populares sabe imprimir en sus facciones el cinismo de los vicios y el atrevimiento de los hombres desalmados.

Tribuno por cálculo , aristócrata por inclinacion , dice bosquejando los rasgos mas distintivos de Mirabeau , hombre en fin que hablando de Coligni nunca dejaba de añadir, como por paréntesis , ser primo suyo , era el extraordinario talento que descollaba en los estados generales como el genio de la revolucion. Ah! , exclamaba á veces cual si le revelase el destino su prematura muerte , cuando yo duerma en el sepulcro esos facciosos se arrancarán entre sí los despojos de la púrpura real con la misma tenacidad que ahora se los arrebatamos al monarca.

»Acaso , continúa la ilustre escritora , soy digna de reprehension en manifestar cierta pesadumbre por la temprana pérdida de un carácter poco estimable , pero es tan raro en el mundo un ingenio á par del suyo vehemente y precóz , y tan probable que ya no admira-

remos otro igual en el curso de nuestra vida, que nos es poco menos que imposible el no lanzar un suspiro cuando deja caer la muerte sus puertas de bronce sobre aquel hombre á la vez profundo y elocuente, enérgico y audáz, feróz tribuno y distinguido literato.”

No son menos verdaderos y valientes los rasgos con que termina la pintura del carácter de Robespierre.

„Viósele, esclama hablando de su muerte, viósele tendido sobre la misma tabla que tantas veces habia ensangrentado con sus fallos. Desunidas las quijadas del pistoletazo con que se quiso quitar la vida sufría los mas agudos dolores, sin que pudiese decir una palabra en su defensa aquel que habia pronunciado tantas para la condenacion de los demás. Sin embargo al arrastrarlo el verdugo debajo de la suspensa cuchilla hubo de tocar involuntariamente su desgraciada mandíbula, y aquel áspero movimiento hizo arrojar al tigre un rugido de desesperacion y de cólera, indicando al parecer toda la sed de sangre que secaha aquellas fauces. Rodó al fin su cabeza por las tablas del patíbulo y cesaron desde entonces aquellos dias de terror y de luto, oprobio eterno de los hombres, y negro baldon de la historia de Francia.”

Montsier, el vizconde de Segur y otros muchos se han hecho un distinguido lugar en esta clase de historiadores y nos han dado una prueba de que el antiguo modo de escribir la historia es acaso el mas á propósito para deleitar la imaginacion y fortalecer el espíritu.

Pasando á los discípulos de la escuela moderna conocida con la denominacion de *sistema fatalista* hallamos á dos de ellos M. Mignet y M. Thiers unidos entre sí por el triple lazo de la amistad, de la opinion y del talento, los cuales se han dividido la narracion de los fastos revolucionarios. Lo que el uno ha encerrado en el breve círculo de una obra rápida y profunda, ha estendido el otro con igual interés en mas espaciosos límites. Este último bosqueja con superior pincél el retrato de Danton.

»Este hombre, dice, á quien llamaron el Mirabeau del populacho, tenia singular semejanza con el célebre tribuno de las altas gerarquías. Hállase tambien una extraordinaria mezcla de vicios y de buenas cualidades en este audáz demagogo, el único capaz de presentarse con un carácter algo digno en medio de las hordas jacobinas. Una revolucion á sus ojos era un simple juego en que el vencedor podia disponer de la vida del vencido.»

La lucha de Robespierre contra Camille Desmoulins y Danton está representada en sus páginas con un grande interés no solo por la energía de las frases del autor, sino por andar sembradas entre ellas varias espresiones características de los mismos revolucionarios.

„Mas quiero ser guillotinado que verdugo, gritaba Danton en el momento de morir; mi vida no vale la pena de conservarse á tanta costa y los negocios del mundo ya me fastidian.”

Aconsejábanle que se marchase. „Marcharme! repuso con singular vehemencia, no por cierto, á menos que pudiese llevarme la patria en la suela del zapato.”

Encerrado en el mismo calabozo donde metieran á Hebert lamentábase de haber hecho instituir el tribunal revolucionario, y disculpaba su pensamiento con suponer que no tuvo la intencion de que llegase á ser el azote de la humanidad.

„Yo soy Danton, respondió al presidente de este mismo tribunal en el interrogatorio; tengo treinta y cinco años, hállome aun ante vos para aterraros y muy pronto me hallaré en el sepulcro para no ofenderos.”

„Arrastro á Robespierre al mismo suplicio” exclamó en lo alto del cadalso..... no-

tables palabras que derraman en las páginas de la obra el mismo terror que existia entonces en los habitantes de París.

M. Mignet ha trazado un vigoroso dibujo mientras M. Thiers nos pinta un cuadro el mas completo de los disturbios de la Francia. No habria mas para probar el vigor de sus descripciones que poner á la vista de los lectores la pintura que hace de la muerte de Mirabeau y la de Luis XVI, tanto mas dignas de notarse cuanto que donde luce extraordinariamente su pluma es en el dibujo de los caracteres osados y vulgares, que de las ínfimas clases del pueblo supieron elevarse hasta brillante altura entre el vaiven rápido de los torbellinos políticos. Convengo con él en que es justo que el hombre de partido perezca en el cadalso, asi como en el campo de batalla el varon conquistador y ambicioso; mas no dejaré de preguntar al mismo tiempo á las generaciones futuras si lo era que el rey mas bondadoso y clemente no solo fuese despojado de la púrpura, sino arrastrado á la guillotina.

» Mirabeau, dice M. Thiers, no menos sorprendia por su audacia que por el arte verdaderamente mágico con que disponia á su arbitrio de las pasiones populares. Sin embargo los excesos cometidos sin interrupcion, las

fatigas de un trabajo asídúo , y las fuertes conmociones de la tribuna gastaron en poco tiempo aquella naturaleza de bronce , que parecia prometer la vida de un siglo. Cuando se acercaba su fin y cuando sus robustos y varoniles acentos eran ya los últimos ecos de sus triunfos , su voz vibraba con menos fuerza en la bóveda del gran salon , á pesar de que la significancia de sus gestos y la energía de sus miradas indicaban todo el fuego de su espíritu. Con él parecia aun avasallar todo cual si no le hubiésemos de ver dentro de breves instantes pálido , con los ojos hundidos , prostrado en el lecho del dolor y sufriendo súbitos desmayos. Cinco veces quiso tomar la palabra en la tribuna y otras tantas no pudo romper el discurso: sacáronlo de allí casi exánime , sin fuerzas y lleváronlo á su casa de donde ya no debia salir sino para ser trasladado al panteon. No obstante de haber exigido de sus amigos la promesa solemne de que nunca llamarian á los médicos para él , desobedeciéronle en esta ocasion , y el fallo de los facultativos anunció que la muerte se habia ya apoderado de sus estremidades inferiores. La cabeza fue la parte últimamente atacada cual si hubiese querido respetar hasta el último instante la esplendorosa llama que en ella ardia.”

En los sectarios de la escuela descriptiva se admira el deseo de darnos una idea la mas completa del carácter de aquellos siglos sobrado distantes del nuestro para que la pudiésemos tener muy acabada. Los que logran conseguir su objeto ofrecen en su narracion pintoresca y animada no solo un dulce atractivo á la fantasía, sino vasto campo al juicio mas despejado y profundo.

De estas escuelas apreciamos la primera por su nervio y sencillez y la última por su erudicion y su pompa. Con respecto á la segunda aunque acreditada por hombres de talento tiene inconvenientes de algun peso. El principal de ellos ha sido el que acarrearón el crédito y la brillantéz de sus propios fundadores. Una muchedumbre de discípulos careciendo de las luces y la fuerza de sus maestros han creído ponerse á su nivel y tal vez sobrepujarles exagerando sus principios. De aquí nace que se haya formado una secta de partidarios del terror con el objeto de justificar los desórdenes revolucionarios. Preséntanse sus individuos á manera de arquitectos de esqueletos y calaveras pretendiendo levantar con semejantes materiales el portentoso edificio de la armonía social. En su narracion declamatoria los asesinatos son á veces arrebatos

ingeniosos , á veces dramas terribles á los que es fuerza perdonar la sangre que vierten en gracia de la grandeza y el cálculo que encierran. Transforman los acaecimientos en personajes por manera que en lugar de decir admirad á Robespierre no se cansan de repetirnos que admiremos sus obras. Segun este sistema faláz el asesino no es laudable , pero el asesinato laudabilísimo , y por una inmediata consecuencia aunque los miembros de los tribunales jacobinos sean horrorosos , sus acciones son sublimes. En él los hombres no son nada , las cosas todo , y las cosas no son culpables. Repetíamos hasta ahora : detestad el crimen y perdonad al delincuente ; pero si prestamos crédito á los discípulos de Thiers y Mignet la máxima debe presentarse á la inversa diciendo detestad al delincuente y perdonad..... que digo ? amad , reverenciad , ensalzad el crimen.

No es menos funesta otra consecuencia del sistema fatalista , la cual se echa de ver en el carácter que imprime en sus producciones. Ventajoso es para la tragedia el fatalismo que sujeta á tal ó tal personaje á los rigores del hado , pero lo que es disculpable y aun digno de elogio en la imaginacion de un poeta trae graves inconvenientes al plan del historiador.

La buena ó mala conducta, la sensatéz ó la ambicion; la ilustracion ó la ignorancia son los únicos fatalismos de la historia, pues que segun el apego que profesan á estas cualidades vemos salir airosos y triunfantes á los reyes y á los héroes. De otra manera las revoluciones mas terribles, las calamidades mas serias estarian sujetas á la influencia de un destino inevitable, y semejantes á los indios de la América septentrional ni nos fuera lícito apartarnos para dejar pasar el carro político, aun cuando rodase su sanguinaria rueda sobre nuestros propios cuerpos.